

Gabinetes presidenciales: entre lecciones y paradigmas

Alfredo Acle Tomasini©

Mientras el PRI se mantuvo en el poder, la administración pública no sólo funcionaba como una estructura burocrática sino que actuaba como un mecanismo para reclutar, formar y desarrollar los cuadros de reemplazo de buena parte del aparato político.

Ahí se formaban quienes serían los presidentes de la República; los secretarios y subsecretarios, y aquellos que se convertirían en gobernadores y directores de organismos y empresas públicas. Curiosamente, y dado el abrumador peso político del jefe del Ejecutivo, pasar de este poder al Legislativo era visto más como un descenso que como una promoción, y viceversa.

Por sexenios, fue habitual que en el gabinete concurrieran individuos con distintas visiones políticas; se decía que al no existir una oposición fuerte y articulada, las diferentes corrientes políticas se podían encontrar en el equipo del presidente, quien deliberadamente buscaba al integrarlo, dar la impresión, dentro de ciertos límites, de pluralidad y apertura para considerar, o al menos oír, enfoques diferentes sobre un mismo asunto.

Perseguido por el fantasma del 68, Echeverría violentó el proceso de formación de cuadros, al designar como secretarios a algunos individuos que no rebasaban los 30 ó 35 años. Esto, que de alguna forma continuaron algunos de los siguientes presidentes, creó una situación absurda, al desperdiciar generaciones de servidores públicos cuyo desarrollo y aprendizaje le costó al erario, y envejecer, prematuramente, la carrera política de esos jóvenes, sin haberles dado la oportunidad de madurar.

Observador cercano de las controversias dentro del gabinete económico por temas como el ingreso al GATT, ahora la OMC, o por la orientación de la política económica, y, relevado moralmente de sus compromisos con López Portillo al haber éste tomado la decisión de nacionalizar la banca sin haberle consultado en su calidad de presidente electo, De la Madrid optó por un gabinete ideológicamente más homogéneo compuesto, fundamentalmente, por personas provenientes del sector financiero.

Salinas no sólo acentuó la homogeneidad del gabinete sino que aseguró la adhesión incondicional con sus políticas de todos sus miembros. Para ello concentró las decisiones más importantes en un pequeño grupo de ellos, incluido su jefe de asesores, e integró a su alrededor, a individuos que fueran confiables y que tuvieran una experiencia probada, como fue el caso de Gutiérrez Barrios en Gobernación y Farell en la Secretaría del Trabajo, o bien que su obediencia estuviera asegurada.

Ante el predominio de una visión unidimensional no fue extraño que a ese gabinete le ocurriera algo similar a quienes ven con un solo ojo; pierden el sentido de profundidad y, por ende, los objetos, en este caso los problemas nacionales, tienden a verlos en un único plano. Esto incrementa el riesgo de colisiones, como le ocurrió a la economía en 1994, cuando se estrelló contra la necia realidad.

Ningún país puede vivir, indefinidamente, con un déficit creciente en cuenta corriente, no importa si lo financia con deuda, como lo hicieron "los políticos" o con capital

especulativo, como sucedió con "los tecnócratas", el resultado será idéntico, porque tarde o temprano quienes aportan esos recursos dirán: hasta aquí y quiero mi dinero. Como tampoco habrá estabilidad económica y política que dure, mientras millones vivan en la miseria, aun cuando las cifras cuadren.

Como fue su propio caso, el gabinete de Fox se integró, en gran parte, por personas que no habían hecho su carrera en el gobierno federal y, menos aún, conocían de los rigores, miserias y tentaciones de la vida política. Pero el problema no se limitó a brincar de un sector a otro, sino a la altura del salto, porque entre su ocupación anterior y el cargo que se les confirió, hubo, en algunos casos, pasos abismales, lo que culminó en renunciadas, despidos o resultados poco satisfactorios.

Calderón tiene la oportunidad de capitalizar estas lecciones al integrar su gabinete, mientras que el panorama electoral lo obliga a conjuntar personas con percepciones distintas de la realidad nacional. Esto le brindará mayores opciones, pero a la vez le impone el imperativo de ejercer un liderazgo que marque un rumbo claro, y que tenga la madurez suficiente para reconocer al leal opositor como un útil contrapeso.